

Corazonadas

JOSEP OTÓN

Corazón es sinónimo de vida. Es el motor de la existencia. Es el responsable del buen funcionamiento de todo el cuerpo. La palabra “corazón” también nos remite a la dimensión intangible de la persona. Es la sede de sus emociones, el eje de su motivación, el centro de su interioridad.

El pensador **Blaise Pascal** señalaba que el corazón tiene razones que la razón ignora. En efecto, actuamos siguiendo corazonadas. No son simples intuiciones gratuitas. Se trata de dejarse aconsejar por la inteligencia y tomar las grandes decisiones en lo profundo, en las entrañas del ser.

Al pensar en Dios nos lo podemos imaginar como un ser todopoderoso, tan grande que supera las razones de nuestra inteligencia. Ahora bien, cuando **Jesús** nos habla de ese mismo Dios, de su Padre, nos revela un amor inmenso e intenso, sin límites. Nos revela una ternura que desborda nuestras expectativas.

Se atribuye a san **Agustín** la autoría de una idea de gran calado: “La medida del amor es amar sin medida”. Esta es la esencia del amor de Dios que también recibe el nombre de misericordia. Un amor sin cálculos previos, que no escoge a los mejores sino a los que lo necesitan.

La relación entre Dios y el ser humano es una corazonada. La Encarnación es la aventura de asumir un corazón humano, frágil y caduco, para mostrar el abismo insondable de la misericordia divina. Es un golpe de timón que renuncia a las aguas plácidas para correr en auxilio de las víctimas de la vulnerabilidad.

Cada año en junio celebramos la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús para recordar que “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1). *

